

## HOMENAJE

a la memoria de Salvador Córdoba y  
compañeros fusilados en el escaño de  
Cartago el 8 de julio de 1841

### **Discurso del doctor Luis Mesa Villa**

Señor Presidente de la Academia Antioqueña de Historia, señor Comandante de la Brigada, señor Alcalde Mayor de la ciudad, señoras, señores:

La recordación de los grandes hombres es deber de todas las naciones, y Colombia que vive momentos de angustia y de zozobra y con pasos vacilantes se orienta hacia el porvenir, debe recordar a cada instante sus glorias pretéritas y derivar lecciones que dirijan sus acontecimientos por rumbos ciertos hacia metas de holgura y de progreso.

Hemos venido hasta acá a recordar una luctuosa efemérides: el fusilamiento del más valiente de los soldados de Colombia de su época, de quien dijo el presidente de la República al tener noticia de su muerte: "han caído dos charreteras que nadie será digno de levantar del suelo."

El 17 de mayo de 1801 nació Salvador Córdoba en la población de Concepción, del matrimonio de D. Crisanto Fernández de Córdoba y Mesa y de Dña. Pascuala Muñoz y Castrillón. De legítima descendencia española, recibió como legado de sus mayores, la hidalguía y la gentileza peculiar a todos los

de su raza, la tenacidad para persistir en sus empresas y el valor indómito de los conquistadores. Las duras faenas de la conquista, la zozobra de sus primeros años, la incertidumbre en el sosiego, la incomodidad de la vivienda y las costumbres coloniales, hicieron de su raza elementos capaces de dominar las circunstancias y dieron a sus hombres la varonía suficiente para el éxito en sus empresas. Atávicas ideas de autonomía seccional heredadas de una legislación ibérica, refrendadas y complementadas por don Manuel Bravo, su primer maestro en la legendaria ciudad de Rionegro, fueron factores suficientes para que al estallar la revolución en estas provincias, Salvador Córdoba abrazara con decidido empeño la causa de los patriotas. En plena adolescencia, cuando contaba apenas 18 años, entra Salvador Córdoba en calidad de cadete a servir la causa de la independencia, a los dos meses justos, el 29 de actubre de 1819 asciende a Alférez abanderado del Batallón Cazadores de Antioquia con funciones de Subteniente de granaderos. En enero de 1820 salió con dirección a Barbosa en el batallón ya mencionado a órdenes de José María Córdoba, hermano de Salvador. El 3 de febrero marchó hacia Yarumal por la vía de Santa Rosa, luego a Remedios a encontrarse con Warleta quien al mando de 100 hombres se retiró a Zaragoza y Córdoba regresó a Barbosa. Warleta se dirigió hacia Yarumal y Córdoba al saberlo fue a su encuentro, y en el sitio de Chorros Blancos, el 12 de febrero de 1820 las huestes patriotas derrotaron completamente a los restos de las huestes peninsulares que invadieran la comarca. Este fue el primer encuentro donde actuara Salvador Córdoba y donde supo recibir los destellos que la gloria reserva a los servidores de la patria.

Siguió la campaña del Magdalena: después de la ocupación de Nechí por el Sub-teniente Salvador Córdoba, quien con una pequeña fuerza se dirigió a Cáceres con el objeto de tomar esta plaza habien-

do logrado su arriesgado intento después de rápido combate. El 25 de mayo de 1820, unido a Manuel Corral, ejecutó uno de los más audaces hechos de armas que registra nuestra guerra magna: con 40 soldados y después de un sangriento combate en Majagual contra Guerrero Cabero, quien capitaneaba 120 hombres y disponía de 3 buques de guerra, derrotó completamente las huestes españolas. Tomó prisionero al Teniente Coronel Barrero Cabero, varios otros oficiales, 43 soldados, fusiles, cartuchos y dos buques de guerra.

Libre quedó el río Cauca hasta Magangué de las fuerzas enemigas con esta acción de armas, que valió a nuestro compatriota los galones de Teniente. Siguió a Magangué, Tenerife, Barranca, Barranquilla y por último a Cartagena. En este sitio permaneció al pie de sus murallas y cuando ocurrió la rendición de la Plaza entró a la vanguardia con el batallón Antioquia, donde encontró el grado de Capitán heroicamente conquistado, despacho expedido el 9 de febrero de 1822. Destinado a la campaña de Quito pasó a Panamá donde recibió órdenes de permanecer hasta fines de 1822 en que regresó a Antioquia al lado de su familia, y tras breves días de reposo marchó a Bogotá a órdenes del Gobierno.

En 1823 es nombrado Capitán de la Compañía Granaderos del Batallón Cauca y para cumplir su cometido se dirige a Popayán. Libertado el territorio patrio en el campo de Boyacá, precisaba librarlo de Españoles en algunas de sus provincias, y si fue feliz en su cometido el ejército libertador de Antioquia, en el Sur las fuerzas patriotas sufrieron varios descalabros. Para subsanar esto es enviado José María Córdoba a iniciar la campaña de Pasto, al que le sirve de ayudante de campo su hermano Salvador. En esta campaña si el éxito no fue tan feliz como lo fue en la del Magdalena, la gloria no fue menos esquiva para las armas de la República y para los hombres que las comandaban.

En 10. de enero de 1824 salió de Popayán hacia Pasto donde esperó a su hermano y de ahí siguieron para Quito a donde llegaron a principios de febrero, continuaron hacia Guayaquil donde embarcaron hacia Pacasmayo en la goleta Macedonia y a fines de marzo se unieron al Libertador en Trujillo, donde fue destinado Salvador Córdoba a la caballería de Colombia como Capitán de un escuadrón.

A la vanguardia de su ejército encuéntrase en Junín. En Huamanga es destinado al batallón Caracas como Capitán de la compañía de granaderos con el cual hizo el resto de la campaña que más tarde había de culminar con la independencia del Perú.

Después de algunos combates sin importancia que sólo sirvieron para adiestrar las huestes libertadoras, asiste Salvador Córdoba a la más gloriosa y más decisiva de las jornadas de la emancipación americana, la batalla de Ayacucho, aún resuena en las faldas del Cunduncurca la vigorosa voz de mando de José María Córdoba, quien por única vez en la historia militar arengó a sus ejércitos con aquella voz imperecedera: "Armas a discreción, paso de vencedores!" El Batallón Caracas, "guirnalda de reliquias beneméritas" como lo llamara el Gran Mariscal de Ayacucho, esperaba el momento decisivo de su acción: tras la confusión española, el General Canterac, segundo del Virrey, ordenó a Monet cargar inmediatamente y acompañando la orden con la acción acudió en persona con el Primero y Segundo del Gerona para tratar de restablecer el combate. Monet dio a sus 5 batallones la orden de seguirlo y a la cabeza del Infantes y del Burgos, se precipitó por sobre las desigualdades que lo apartaban del campo de combate; el Caracas venció la resistencia que le presentaba la vanguardia de la reserva española, resistió la confusión ocasionada por la pérdida de su jefe, el Comandante León, y uno a uno fue venciendo todos los obstáculos que se le presentaron

para completar la victoria ganando para lo sucesivo el nombre de Batallón Ayacucho.

Ahí recibió el bautismo de sangre y ofrendó al altar de la libertad, confundida con la de los mártires de la Independencia, la más preciada ofrenda que hombre alguno ofrece en los altares de la Patria. Tiñó de púrpura los laureles, que fueron desgajándose uno a uno sobre sienes de sus compatriotas y que habían de formar la más preciada guirnalda que el Cunduncurca ofreciera a la libertad americana.

El 19 de diciembre de 1824, como premio a su valor en Ayacucho le fue conferido el grado de Teniente Coronel con antigüedad a 9 de los mismos. Sigue con el ejército libertador hasta La Paz y luego regresa a su tierra nativa, ostentando en su pecho además del grado de Teniente Coronel y del título de Benemérito en grado eminente y la medalla de Ayacucho, las siguientes condecoraciones: escudo del ejército del Magdalena en 1820 y 21, concedido por decreto del Presidente de Colombia el 29 de noviembre de 1821; el título de Benemérito de la Patria en Grado Heróico y Eminente, según decreto del Congreso de Colombia en honor del ejército libertador; la medalla con el busto del Libertador, según decreto del Congreso del Perú en 12 de febrero de 1825, y el escudo de Junín y Ayacucho en el Perú por Ley del Congreso Constitucional de Colombia el 12 de febrero de 1825.

Ha contribuído con su esfuerzo personal, con su valor, con su sangre y con las luces de su mente, a costa de su tranquilidad personal y de los afectos de familia a la consolidación de la libertad americana, peleando como bravo en las más gloriosas jornadas, ha dejado libre el suelo patrio, ha terminado la primera misión del patriota; apréstase ahora a iniciar la segunda de las misiones que su posición y rango imponen, la de hacer patria.

En el suelo de Colombia se debaten furiosa-

mente 2 ejércitos. La aspiración suprema de los ideales de la libertad encarnados en unos postulados que defienden cláusulas estatales sabiamente dictadas, con honradez enunciadas, con tenacidad defendidas y con independencia aceptas, ocasionan el abandono de la tranquilidad de unos para salir a medir el campo con sus hermanos en los sangrientos combates. La falta de orientación definida, el caos imperante dentro de todos los ciudadanos, libres ya del yugo que enantes les oprimiera, la escasez de ocupación para brazos que romperían el secular escudo de la Colonia y la indecisión para la transformación política que avanzaba el país en aquellos tiempos, hicieron volver la mirada angustiosa de otros hacia el brazo fuerte que comandara sus legiones triunfantes hasta el pico más alto de los Andes y en sus manos depositaron el porvenir entero de la patria, teniendo que salir a responder al reto que otros les lanzaran. Así vemos a Salvador Córdoba acompañar a su hermano, el General José María Córdoba, héroe de Ayacucho, hacia los campos del Santuario donde el héroe alcanzó con su sangre la meta de sus aspiraciones, porque si fue derrotado a la cabeza de sus ejércitos, triunfó la tesis que él defendiera con sus armas y el proyecto de monarquía que impugnara en los campos de combate, fue deshechado de la mente de los colombianos.

Asistimos a los primeros días de la República. El militarismo imperante, la espada de los vencedores en los campos de combate, no puede enmohecerse dentro de los pliegos de la Constitución. Los grandes de la Patria, desilusionados y abandonados van desapareciendo; el escenario político empequeñece y los grandes actores de los días de gloria, permanecen ocultos: la envidia hace enemistar a Córdoba con el Libertador y viene su muerte en el Santuario. Santander, el Hombre de las Leyes, el que organiza la República y aprovisionara los ejércitos para

completar la libertad de América, es desterrado por sus enemigos; Sucre cae rendido al golpe de la traición, y el Libertador desilusionado busca refugio en Santa Marta, para dar su postrer aliento.

Aparecen en la escena política los hombres que habrían de formar los dos partidos tradicionales de Colombia; es la emulación y el personalismo la iniciación de estas dos grandes agrupaciones que durante un siglo ensangrentaron el suelo de la patria. La desmembración de la Gran Colombia completa el cuadro de sombras de los primeros pasos, los pasos vacilantes de la República. Es un decreto de administración o es el anhelo vehemente de sobresalir o bien el de completar sus grados militares el que provoca algún pronunciamiento; las más de las veces, anhelos nobilísimos de idealidad patria, la sustentación de tesis de gobierno adversas a las que encarna el Jefe del Estado, la convicción filosófica de postulados de libertad o el renacimiento de la liza que los albores de la República dividiera los hombres de la Patria Boba: el Centralismo y el federalismo que cobra nueva fuerza en la mentalidad de los colombianos y no pocas veces el despertar de un sentimiento atávico que la madre patria imprimiera en su legislación de Indias y que latente estaba por la práctica consuetudinaria en los labios de los parlamentarios de la Nueva Granada: La autonomía seccional, la representación ciudadana y los fueros de los cabildos. Por todo este escenario político se ve enhiesta la figura de Salvador Córdoba, siguiendo una línea recta que se iniciara en Chorros Blancos y terminara en Ayacucho para continuarla en el Santuario, Abejorral, Itagüí y tántos otros.

Es el combate de Itagüí una acción de armas que cubre de gloria a ambos contrincantes, donde el resultado final permanece indeciso y sólo los sentimientos de humanidad, políticos y camaradería de ambos jefes, imponen una capitulación honrosa. Salvador Córdoba, como Jefe Civil y Militar de Antio-